

LA DOBLE RE-EXISTENCIA DEL SER WARAO

RODOLFO SIFONTES LARA

MISIÓN SUCRE

RODOLFOSIFONTES61@GMAIL.COM



Fuente: Wikimedia Commons

“No habitamos el suelo, habitamos la corriente. Quien guarda en su voz el nombre de sus muertos, jamás será un extranjero en la tierra.”

El Sujeto en Fuga Permanente

El pueblo Warao no constituye una reliquia estática del pasado precolombino, sino que se erige como un sujeto histórico en perpetua reconstrucción. Su trayectoria por la geografía

del oriente venezolano y el norte brasileño —desde el litoral de Sucre hasta las barriadas de Maturín y los refugios de Roraima— es un testimonio de persistencia que desborda las categorías antropológicas tradicionales. No asistimos a un simple proceso migratorio impulsado por la carencia, sino a lo que defino como una doble re-existencia: una metamorfosis ontológica que permitió a este pueblo sobrevivir primero al desplazamiento territorial milenar y, en la contemporaneidad,

a la erosión de la modernidad urbana. Como bien advirtió Claude Lévi-Strauss en *Tristes Trópicos*, las sociedades humanas nunca juegan de una manera absoluta; el juego está siempre sesgado por la historia. En el caso Warao, la historia ha sido el tablero donde han jugado su permanencia mediante una plasticidad cultural sin parangón, donde el cambio de ecosistema no ha significado la pérdida de la esencia, sino su reafirmación en contextos hostiles.



Fuente: Wikimedia Commons

Pacaraima: Donde el cauce se hizo polvo

Todavía conservo en la retina el momento en que el Delta comenzó a desbordarse sobre el asfalto caliente de Pacaraima. No llegaron en curiaras, sino en la incertidumbre de los pies cansados, cargando a cuestas un mundo que se les deshacía entre los dedos. Yo estaba allí, testigo de una metamorfosis que la historia no suele contar en los libros, viendo cómo el Warao —el “hombre de las curiaras”— desembarcaba en un territorio donde el agua no corre, sino que se estanca en la indiferencia de los contenedores.

Recuerdo la tarde en que el refugio Janokoida comenzó a tomar forma. El nombre, que en su lengua significa “Lugar de la gente de agua”, sonaba a plegaria en medio del ruido de las botas militares y el estruendo constante de los camiones que cruzaban la frontera. Yo los veía desde la acera, observando su asombro frente a la ciudad, viéndolos trabajar como caleteros, cargando bultos que pesaban más que sus propias historias, o limpiando patios ajenos con la misma destreza con la que antes leían el movimiento de las mareas.

Había una magia extraña, casi dolorosa, en la manera en que se apropiaban del espacio. Cuando la noche caía sobre la plaza de Pacaraima, ellos no buscaban un techo; buscaban un círculo. Bajo cualquier árbol que les brindara un poco de sombra, encendían un fuego. El humo del fogón se mezclaba con

el polvillo del camino y, de pronto, la plaza ya no era un lugar de tránsito, sino el centro del universo. Allí, entre el olor a humo y a vida, tejían la fibra que los mantenía unidos.

La memoria como primer territorio

Lo primero es la memoria. Sin ella, el Warao se diluye en la inmensidad del exilio. Recuerdo el encuentro en el Centro de Atención Infantil “Jesús Peregrino”, un salón amplio donde un pizarrón con lecciones en portugués competía con un dibujo de un pulpo rosado pegado a la pared, junto a los números escritos en lengua indígena. Allí estaban José, Jesús, Otilio, Rosa y María, maestras y maestros que, aunque arrancados de sus escuelas en el Delta, seguían enseñando a la niñez de su pueblo el arte de ser Warao en un mundo que intenta borrarlos.

Escucharlos hablar es un ejercicio de arqueología del alma. Cuando María Borja, con su serenidad robusta, dibujaba el río Arawavisi y la curiara, explicaba que el moriche no es solo un árbol, es la madre. “La mata es la mamá del Warao”, decía. Con la fibra se hace la artesanía, con el tronco la fermentación, y en sus entrañas, el sustento. Pero ahora, allá en su tierra, ya no hay motores porque no hay gasolina, y deben volver al canalete. Ese “ir a canalete” es la metáfora de su vida actual: un esfuerzo constante, una valentía que se traduce en el *Ka nojibatataera* (somos valientes).

Jesús Morillo mostró en un papel su comu-

nidad, Arawavisi. Dibujó el moriche, el chinchorro, la candela, el río y el sol. Cada trazo era una reclamación de propiedad sobre un pasado que se desvanece por la contaminación y la ambición del oro en el Arco Minero. “El río Orinoco va bajando el nivel”, contaba José Zapata con la sabiduría que dan los cabellos blancos, “la cantidad de agua salada está avanzando y ya no se puede vivir allí”. La migración es, en última instancia, un acto de preservación biológica y espiritual.

La cotidianidad del despojo y la resistencia

La vida en Janokoida, el albergue que acoge a cientos de ellos, es un campo de tensiones. Allí, los *aidamos* (jefes de familia) intentan organizar la limpieza y la repartición de bolsas de comida, marcadas con nombres en congeladores que son el centro de la administración doméstica. Pero el hacinamiento es un veneno lento. He visto los choques culturales entre los ancianos, que al amanecer quieren contar las historias de los ancestros, y los jóvenes que, bajo la influencia de la ciudad y el desconocimiento del idioma, exigen silencio para dormir.

He visto al ejército intervenir cuando los niños pelean o cuando el llanto de un bebé altera el orden de los vigilantes. He visto, también, la violencia invisible de la xenofobia. Cuando deben buscar leña en el monte, a dos horas de camino, los lugareños los amenazan con machetes. He visto las cicatrices de quienes fueron mordidos por serpientes venenosas en esa búsqueda de combustible para cocinar. El padre Jesús Boadilla, con sus ojos azules y su incansable labor con el Café Fraternal, entendió antes que nadie que “integrar no es desplazar a las grandes ciudades, sino preparar para desenvolverse dignamente”. Pero la dignidad es un campo de batalla constante.

Antes de llegar a Pacaraima, los Warao pasaron por Santa Elena de Uairén. Allí, la miseria los obligó a mendigar, a dormir en terminales, a comer de los restos. Los Pemón, indígenas locales, los miraban con extrañeza; no comprendían cómo un pueblo hermano podía caer en la mendicidad. Fueron tres años de deportaciones constantes, hasta que el derecho se hizo muro frente a la expulsión. Hoy, hay miles de ellos dispersos en Boa Vista, Manaos, Santarém, Recife y Belém de Pará.

La Nigua y la poliglosia de combate

He conocido a “La Nigua”, un amigo Warao



Fuente: Wikimedia Commons

que ya carga con quince años de haber llegado a estas tierras. Para mí, él es el rostro mismo de esta resistencia. Lo vi reír, lo vi pelear tras un trago amargo de olvido, y lo vi también, en la calma de la madrugada, recordar en voz baja la cadencia del río que solo él escuchaba. No es una migración por carencia; es un ejercicio de supervivencia donde el Warao, lejos de rendirse ante el cemento, comenzó a tejer su “caño seco”.

La lengua Warao, esa isla lingüística que parecía destinada a naufragar, hizo lo impensable: se estiró. No se dejó colonizar; comenzó a devorar los sonidos extranjeros para hacerlos suyos. Escuchaba a La Nigua y a sus hermanos negociando con militares o discutiendo precios en los mercados. Era un trilingüismo de emergencia, una poliglosia nacida del hambre y del derecho a existir. Me resultaba fascinante ver cómo “waraoizaban” el portugués, haciéndolo encajar en su cosmogonía. No hablaban un idioma ajeno; lo hacían encajar, como si el portugués fuera solo otro afluente, un río distinto pero navegable.

Para ellos, aprender a defenderse en las oficinas de salud o ante los funcionarios no era un ejercicio de integración, sino una forma de combate. Cada palabra nueva era una herramienta más en su bulto, una defensa contra la exclusión. He visto cómo la identidad se ensan-

cha; cómo dejan de ser los desplazados con la cabeza gacha para convertirse en traductores de su propia suerte. La Nigua se mueve entre el español, el portugués y su lengua materna como quien domina las corrientes de distintos ríos, sin confundir nunca el norte de su origen.

Un día nos encontramos por cosas de la vida en la cancha principal de Pacaraima, lugar donde se hacen todas las concentraciones de la ciudad, donde todas las tardes brasileños, venezolanos y Waraos se dejan llegar para pasar la tarde, conversar, comerse los helados, las hamburguesas, los perros calientes. Allí estaba La Nigua. Desde la acera del frente lo veía sentado en la grada principal, rodeado de niños Waraos y criollos; él hablaba, gesticulaba, dramatizaba lo que decía.

La tarde caía sobre la cancha frente al Banco Caixa, aquí en Pacaraima, tiñendo el asfalto de un gris cenizo que parecía absorber los ruidos cansados de la ciudad. El calor del día aún subía desde las gradas de cemento, pero allí, sentado en lo alto, el tiempo parecía disolverse. Allí estaba La Nigua. No era un hombre que simplemente ocupara un lugar; era un hombre que contenía un territorio entero, con sus ríos y sus sombras. A su alrededor, un grupo de niños Waraos formaba un círculo sagrado, con los ojos fijos en sus manos y en sus labios.

La Nigua hablaba y, al hacerlo, el Caño Manamo se abría paso de la nada entre las casas de Pacaraima. Hablaba de la curiara que corta el espejo del agua sin hacer ruido, del moriche que se transforma en hilo entre los muslos de las mujeres, del tejido denso del chinchorro, de las cestas que guardan secretos y de la carne firme del morocoto. Cuando sus palabras salían en Warao, los niños asentían en silencio, como si escucharan una melodía que ya conocían antes de nacer. Era el lenguaje de la raíz. Pero luego, con una naturalidad asombrosa, cambiaba al español para los criollos que nos habíamos acercado sigilosamente, quedándonos muy cerca, suspendidos de su aliento. Para nosotros, su voz se volvía un mapa. Él no estaba dictando una clase ni pretendía ser un espectáculo; estaba, simplemente, sembrando la memoria del agua en el corazón de la tierra firme.

En mitad de la tarde, entre el vaivén de sus dos lenguas, “La Nigua” nos entregó los relatos que sostienen el mundo cuando la oscuridad amenaza con borrar los contornos de las cosas:

Haburi y el Origen

Nos habló de Haburi, el héroe cultural, aquel que no vino de las estrellas ni de las luces falsas, sino que emergió del barro mismo del Delta. Él enseñó a los hombres a tejer las redes y a levantar los palafitos sobre la corriente.

Haburi, aribu warao yatu, nabae mojobo kitara, nabae obanu, nabae moro koine. Haburi, warao abanaka, warao yatu, aribu neburuka: «¡Warao, yatu neburuka, yatu obanu!» Haburi, aribu, nabae moro koine, aribu warao.

Haburi, el primer Warao, no nació del cálculo, ni de la sombra, ni del vacío. Haburi, el tejido del Warao, la voz del Warao, nos dice: «¡Warao, teje tu propia existencia, crea tu propia memoria!». Haburi, el susurro, no es sombra, es la palabra viva del hombre.

La Garza y el Viento

Luego, mirando al cielo que empezaba a oscurecerse tras los manglares invisibles de su memoria, contó cómo al principio el viento andaba perdido y las aves no sabían hacia dónde rumbar.

Kuaru obanaka, mojobo aribu nono, garza obanaka, nono ya. Warao obanaka, mojobo aribu, garza ya yatu. Warao aribu, mojobo obanaka, garza warao.



Fuente: Wikimedia Commons

El viento no tenía camino, la garza no sabía su rumbo. La mujer Warao, con su aliento, dio camino al viento y señaló el vuelo a la garza. La mujer Warao es el soplo; la garza es el alma del Warao.

La Piedra que Canta

Finalmente, con una voz que parecía venir del fondo de una curiara sumergida, habló de la paciencia y del olvido, de los secretos que guardan los caños profundos.

Dauarotu, warao abanaka, obanaka, nabae mojoro kitara, warao moro. Nabae warao, nabae obanaka, warao moro koine.

El jefe antiguo, en el fondo del caño, canta su memoria cada siete años. No es una piedra, es el corazón del hombre Warao que se niega a dormir, recordándonos que la vida es el agua tallando la paciencia.

Cuando “La Nigua” calló, la cancha frente al banco ya no era la misma. Los niños Waraos sonreían y los criollos nos quedamos mirando el asfalto, sabiendo que habíamos sido testigos de un misterio antiguo. La ciudad seguía su rumbo ruidoso, pero en esa grada se había sellado, para siempre, el pacto de la palabra.

Es aquí, en este instante suspendido, donde comprendemos la doble re-existencia del pueblo Warao. Mientras el asfalto avanza devorando las distancias y la frontera transnacional intenta fragmentar los cuerpos, el ser Warao se pliega sobre sí mismo, resguardando su Ontografía del agua como un tesoro invisible. La migración no es solo desplazamiento físico, es el traslado de un mapa sagrado que se niega a ser borrado por la lógica de los números o la frialdad de las demarcaciones. Al habitar la ciudad, el Warao no se desdibuja; al contrario,

instala el Delta en el centro mismo de la aridez, recordándonos que, aunque el cauce cambie, la esencia de la vida persiste, fluyendo siempre en la memoria de siete semillas invencibles.

La fibra digital: El nuevo cordón umbilical

El Delta ya no tiene fronteras, porque ahora se sostiene en la palma de la mano. A veces, sentados en algún rincón de la ciudad, veía a “La Nigua” con un teléfono inteligente. No era un lujo, sino una balsa de rescate. Escuché audios enviados por WhatsApp que eran verdaderas bitácoras de resistencia. Esta solidaridad tecnológica es el nuevo cordón umbilical. El Warao cosmopolita ha tejido una red que ni los estados nacionales ni las aduanas pueden contener. Por WhatsApp circulan las noticias, las advertencias, los cantos y, sobre todo, la confirmación de que el grupo no se ha disuelto. La red es el nuevo caño; por ella fluye el tejido social, la información que permite a los clanes tomar decisiones conjuntas aunque estén separados por miles de kilómetros. Es una nación que se niega a ser fragmentada por la geografía, unida por el susurro digital que desafía el estruendo de la modernidad.

El peso del recuerdo y la espiritualización del lamento

Hay dolores que no se pueden medir con estadísticas. María contó, con una naturalidad que nos mantuvo en vela por noches enteras, cómo se entierra a un hermano en el Delta: el envoltorio en hojas, el paso del tiempo, el rescate de los huesos para la despedida final. Era un relato de una precisión geométrica. En ese momento, las ideas sobre la “espiritualización del lamento” se desvanecieron frente a la realidad física de su pérdida. Entendí entonces que, para ellos, la memoria es un acto físico, una forma de tramitar el dolor desde el encuentro

colectivo. Cuando perdieron a sus hijas por el sarampión, no solo perdieron vida, perdieron una parte de su futuro. Pero, incluso en medio de ese duelo desgarrador, se organizaron para el retrato familiar, para dejar constancia de que ellos estuvieron aquí, que ellos siguen siendo.

El Navegante de los Siglos

Hoy, cuando rememora la historia en Pacaraima, al cerrar los ojos, la imagen que regresa no es la de un mapa geopolítico, sino la de La Nigua. Pienso en sus años de resistencia en la frontera, en su mirada que parece haber atravesado más tormentas que las que el propio río Orinoco ha visto en un siglo. Él es la prueba de que el Warao no es una reliquia, sino un sujeto histórico en perpetua construcción.

No asistimos a una derrota. Estamos ante una metamorfosis. La niña que perdió a sus hermanos, José Jesús enseñando números en un papel frente a un pulpo rosado, y La Nigua mediando en un conflicto bajo la luz eléctrica de un albergue que nunca será su hogar, nos enseñan que el territorio no es un pedazo de suelo, sino un estado de la conciencia. Cuando el asfalto intentó ser su sepultura, ellos lo convirtieron en un “caño seco” y siguieron navegando.

Comprendo ahora, con la distancia de quien ha visto el desprendimiento de las sombras, que el destino de este pueblo es el espejo de nuestra propia capacidad de resistencia. Como escribió Borges en El Biógrafo, cualquier destino consta de un solo momento: el instante en que el hombre sabe para siempre quién es. El Warao lo sabe: es un navegante eterno que no reconoce fronteras estatales si estas intentan cercar su espíritu o limitar su horizonte. Sabe que el Janokoida es solo un puerto de paso y que el portugués es un nuevo viento que empuja su curiara mental hacia horizontes más amplios.

Nuestra tarea, como cronistas de este tiempo convulso, es asegurar que su remo siga cortando el agua de la historia. Que ni la burocracia de los refugios, ni la xenofobia de la calle, ni el silencio que algunos quisieran imponer, borren el rastro de su paso. La re-existencia es, en definitiva, el arte sagrado de permanecer siendo otro sin dejar de ser uno mismo. Es una danza eterna entre la raíz y la corriente que hoy, más que nunca, habita en la palabra viva de nuestra gente, en el susurro de La Nigua y en la esperanza de que, tarde o temprano, todos encontrarán la tierra sin mal que sus ancestros les prometieron.